



Las faenas pesqueras siguen siendo tan consustanciales con la ciudad como hace veinticinco siglos.

En la muralla que bordea el paseo de Santa Bárbara, hoy convertido en aparcamiento de coches, y situado a espaldas del hermoso

Parque Genovés, a media mañana se alinean los pescadores de caña. El cielo tiene un azul intenso, a trechos roto por las nubes que pasan de prisa. Ayer se abatió un temporal de lluvia sobre la ciudad y aún quedan restos de la borrasca, y el agua del mar, agitada por la marejadilla, ofrece tonos verdosos. El viajero pasea entre los pescadores de caña. Se detiene de vez en cuando al lado de alguno de ellos, habla acerca de la cambiante primavera, o de las circunstancias que los han llevado hasta allí a aquella hora. Al viajero, el trabajo, escribir esta crónica. A la mayoría de los pescadores, la jubilación o el paro, ya que buena parte de los hombres que, a aquella hora, ceban las cañas con pedazos de choco, se acogen a uno de esos dos estatus.

Ya tuvo ocasión de comprobarlo el viajero cuando, un par de tardes antes, estuvo preguntando a los que pescaban en el puente que une la ciudad con tierra firme, y que eran multitud. Gente que busca matar el tiempo, y también llevarse a casa unas herreras, unas mojarritas, aunque esta mañana va a ser difícil, porque el mar tiene ese movimiento nervioso de los días que suceden al temporal, y que tanto distrae a los peces, y, además, ya es tarde y la marea está bajando y a esa hora al parecer ya no pican los peces.

"Tenía que haber salido en la barquita. Con la barca, saco ocho o diez kilos en un rato", le había comentado al viajero uno de aquellos pescadores con los que se puso a hablar, un hombre de edad entre los treinta y los cuarenta, que le contó que llevaba dos meses en el paro, que había trabajado durante ocho años ininterrumpidamente en la construcción, y que, antes, había vivido en Bélgica, hasta que decidió casarse con una gaditana. "A pesar de que hay mucho paro, aquí se vive muy bien", le dijo al viajero. "Yo hace ocho años que me vine de Bélgica y tengo un piso en Puerta Tierra" (el ensanche, construido sobre el istmo que une la ciudad vieja

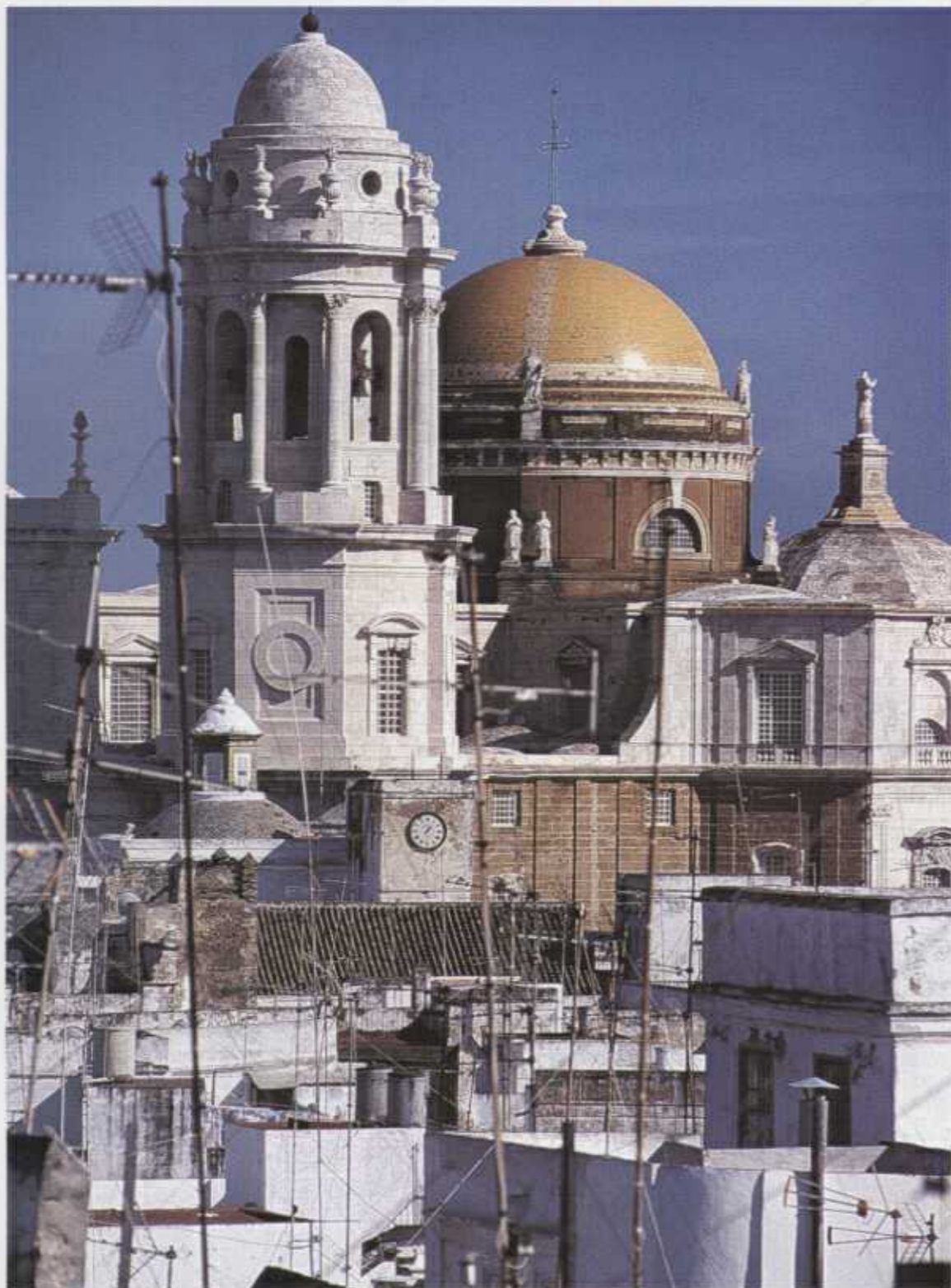


Cádiz siempre fue estación de partida y llegada de las expediciones marineras hacia lo desconocido, cuyas salidas y entradas a puerto, vigiladas desde alguna torre, conmovían la ciudad.

Cádiz

LA CIUDAD RAZONABLE

TEXTO Y FOTOS:
Rafael Chirbes



y amurallada con el continente), "un chaletito en Rota, un coche y una barca pequeña. No me puedo quejar".

Seguramente tenía razón el hombre. Ni el viajero ni él podían quejarse de nada. Estaban tranquilamente allí, frente al mar, en aquella mañana soleada y fresca, contemplando el perfil occidental de la bahía: Rota -tal vez, el hombre hasta pudiera hacerse la ilusión de que distinguía en la distancia su

casita-, Vistahermosa, el Puerto de Santa María. Al fondo de la bolsa de agua, quedaba San Fernando. Y a espaldas de la ciudad, a Oriente, detrás de las casas y las murallas de Cádiz, se levantaban Chiclana, y la punta de Santi Petri (el viajero ya conocía ese otro paisaje, lo había visto apoyado en los muros que hay por detrás de la catedral y de la antigua aduana; lo había visto también desde el mar, a bordo de una barca de

vela en la que lo subieron por sorpresa el mismo día que llegó a la ciudad).

Le había parecido hermoso el leve perfil de la bahía, levantándose apenas en los lejanos acantilados, del lado de Rota, y en las dunas que relucían blancas en la distancia, y en los bloques de edificios que se verguen a trechos, creciendo de un año para otro. Desde lejos, hasta las modernas edificaciones le resultaban soportables a la vista, empaquetadas entre el azul del cielo y el verde del mar.

Cádiz está en el centro del agua, dominando el paisaje, unida al continente por el istmo de arena hoy cubierto de elevados edificios que han aliviado la presión de una demografía que desbordaba la península cercada por las murallas que, un día, fueron fortificaciones y, hoy, ornato, y, sobre todo -al menos para el viajero curioso-, memoria del largo e incierto pasado de esta ciudad que presume de ser la más antigua de Europa habitada con continuidad desde su fundación hace más de 3.500 años. Aunque sus orígenes sean poco más que una construcción de la mente a partir de los escasos restos que han dejado en pie la acción del tiempo y de una naturaleza que es, en estos espacios ambiguos de la bahía, en los que el mar y la tierra entran en contacto y se alteran, especialmente cambiante.

Los arqueólogos buscan las huellas de la vieja Cádiz fenicia, la ciudad que estaba más allá de las columnas de Hércules, en los límites del fin del mundo, donde las aguas se derrumbaban, o donde el mundo se poblaba con el espanto de los monstruos. Han ido estableciendo historiadores y expertos una planimetría cambiante de ese Cádiz, que se altera a cada nuevo descubrimiento, desvaneciendo unas tesis y volviendo a poner en vigor otras. Así, hay quien dice que el templo dedicado a Hércules estuvo en la pequeña loma que forma la Torre Tavira, el único accidente de la actual península, mientras que otros lo buscan en la punta de Sancti Petri, en el extremo oriental de la bahía, allí donde Ambrosio de Morales, un cronista de Felipe II, decía que había oído afirmar que "quando la



La ciudad, cuna del liberalismo económico y político español, exhibe en sus monumentos civiles, e incluso en alguno religioso, huellas de ese espíritu laico, ciudadano y constitucionalista.



prerromano, del mismo modo que se habla de que la pequeña depresión que forma la plaza de la Catedral -a cuyas espaldas acaban de descubrirse los primeros restos arquitectónicos fenicios de la ciudad- formaba un canal de navegación. Ahí, en el barrio de la Viña, un panel de cerámica conmemora la intervención de la Virgen de la Palma, que, al parecer, salvó a la ciudad del maremoto que se tragó a Lisboa a mediados del siglo XVIII y, con la ciudad, el pensamiento de que el mundo se regía por supuestos razonables. En Cádiz, el mar sólo ahogó a los incrédulos que huyeron desconfiando de la intervención de la Virgen. También en este barrio de milagros cristianos, al lado de la playa de la Caleta, nació tres mil años después de que hubiesen sido abandonados los embarcaderos y templos fenicios, Gabriel Arceli, el personaje que recorre la primera serie de los Episodios Nacionales de Galdós y que presenció en la ficción los bombardeos napoleónicos contra Cádiz. Constancias de la historia.

Al viajero le gustan esas ciudades hojalde, en las que hay que adivinar lo mucho que guardan, más que ver lo que muestran, porque han crecido durante siglos sobre escombros. Los conquistadores cristianos amurallaron lo que hoy es el barrio del Pópulo. Quedan algunas puertas, pero los paños de muralla están ocultos entre las edificaciones que se construyeron después. Bajo esas mismas construcciones del barrio medieval ha permanecido enterrado durante siglos el viejo teatro romano, ahora en parte sacado a la luz y remodelado con dudoso gusto. En las excavaciones se ha podido comprobar que, en tiempo de los árabes, sus galerías fueron utilizadas como viviendas, del mismo modo que muchas de sus piedras -como las de edificios aún más antiguos- han servido para poner los cimientos de palacios e iglesias: esa porosa piedra marina de la ciudad, a la que los gaditanos llaman piedra ostionera y que está formada por acumulación de restos de bivalvos. Adorna las cantoneras de numerosas casas de la ciudad actual, o forma el dintel de sus portadas. En los patios, columnas de már-



La retícula urbana de la ciudad está dominada por una armonía racionalista en el viejo casco urbano: calles regulares e iguales, sólo interrumpidas por pequeñas plazas con encanto.



mol genovés. El viajero se ha encontrado recientemente con esos mármoles traídos de Génova por los comerciantes, además de en Cádiz, en las madrasas, palacios y mezquitas de Fez y Marrakech, en los patios de las iglesias de Valencia.

Bajo las aguas de la bahía, se prolonga esa acumulación tanto de geografía como de historia. Y los escollos que preocupan a las pequeñas embarcaciones que se acercan por el sur a la península, fueron en su día islas que flotaban por encima de las aguas; del mismo modo que lo hacían esas naves que hoy yacen enterradas entre las arenas, formando pecios milenarios cargados de ánforas que guardaron aceites o vinos; galeones procedentes de América con sus cargamentos de oro y plata; buques de guerra; barcos de pesca. Cádiz ha pagado caro demasiadas veces el precio de su privilegiada posición entre dos mares y entre dos continentes. Cercada en numerosas ocasiones, saqueada, bombardeada. Fue Felipe II quien le puso alrededor las fortificaciones más importantes a una ciudad que aspiraba a convertirse en el gran

mar está muy clara y sosegada, se parecen en lo hondo edificios antiguos, y creen ser de la ciudad, que como Estrabón refiere, hubo en aquella isleta vecina".

Lo cierto es que se han encontrado restos de poblamientos milenarios a lo largo de buena parte de la bahía, y que la Cádiz de la leyenda pudo ser no una ciudad, sino una serie de ciudades; del mismo modo que la actual "tacita de plata" no fue una península, sino un pequeño

archipiélago. Y las zonas más bajas de la vieja ciudad amurallada fueron canales, tramos de viejos puertos, hoy cegados por la tierra, del mismo modo que otros se hundieron en el mar.

Un rato antes de hablar con el pescador que había vivido en Bélgica, el viajero había contemplado las faenas que llevaban a cabo los marineros en la playa que se abre entre el castillo de Santa Catalina y el de San Sebastián (este último situado

en un promontorio que, en su día, fue un islote más de ese archipiélago), y que se llama Playa de la Caleta. Allí, a pocos metros del que fuera elegante edificio de baños a principios de siglo, los hombres reparaban sus pequeñas embarcaciones. Aún estaba alta la marea, pero según el viajero tuvo ocasión de leer -en los días en que las resacas alcanzan sus cotas más bajas, pueden descubrirse restos de un antiguo embarcadero

La Virgen de la Palma salvó milagrosamente a Cádiz del mismo maremoto que sepultó a Lisboa en el siglo dieciocho.





El balneario modernista de la Playa de La Caleta evoca el mismo espíritu indolente y socarrón que exhiben los gaditanos.



puerto de las Indias y en el gran centro urbano del sur. Pero que ha ido perdiendo, una y otra vez, su batalla con Sevilla.

Cuando uno conoce todos los avatares vividos por la ciudad, se sorprende de la armonía que preside la configuración del viejo casco urbano. Calles regulares, bordeadas por edificios de similar altura y construcción, con sus puertas vagamente neoclásicas, sus miradores o cierrros, que capturan la luz y la transmiten al interior, del mismo modo que lo hacen los patios que forman casi siempre el corazón de esas viviendas. Todo posee una belleza razonable que apenas alteran levemente las fachadas de algunos palacios e iglesias, y que transmite al paseante la sensación de moverse en un espacio democrático presidido por el bienestar que el trabajo y el comercio otorgan. El esquema de buena parte de esas casas corresponde a su primitiva función, a la vez almacén, oficina, y vivienda familiar del comerciante y de la servidumbre. Pequeñas plazas -de San Francisco, de Mina, de Topete, Candelaria- rompen ese razonablemente monótono trazado urbano, adornándose con frecuencia con árboles exóticos -magnolios, ficus, dragos- y con estatuas de políticos y artistas. Los árboles exóticos acentúan ese carácter de ciudad ilustrada, curiosa de cuanto sus habitantes encontraban en los viajes alrededor del mundo. Las estatuas y las numerosas lápidas conmemorativas subrayan el laicismo de la vieja ciudad: cualquier fachada sirve en Cádiz para colocar una de estas lápidas en honor de algún prohombre del arte, la cultura, o la política locales; cualquier plaza deja espacio para erigir una estatua.

Las lápidas conmemorativas cubren casi por completo la fachada del Oratorio de San Felipe de Nerí. Celebran el lugar en el que se redactó, un diecinueve de marzo, festividad de San José, la primera constitución española, que recibió por eso el nombre de la Pepa, y que, además de poner al español en posición de ciudadano y no de súbdito, abrió las puertas a la independencia de las colonias americanas. Por eso, muchas de tales lápidas han sido ofrecidas por sociedades y gobiernan-



Cádiz es cocina del mar. Peces asados, fritos o en salazón y también los guisos marineros en blanco, en colorado o en amarillo.

La cocina gaditana

Como ocurre en la práctica totalidad de nuestra geografía, aunque aquí aún más acentuado por la situación estratégica de una ciudad dedicada desde hace siglos al comercio marítimo, y, por tanto, privilegiadamente sometida a todo tipo de influencias, la cocina de Cádiz posee un carácter marcadamente mestizo. Visitada durante la antigüedad por ininidad de pueblos mediterráneos, conquistada por romanos y árabes, repoblada por gentes del norte de España -cántabros de Laredo, Santander, Castro Urdiales, y San Vicente de la Barquera-, habitada durante siglos por comerciantes genoveses, armenios, vizcaínos, gallegos, catalanes, ingleses, franceses, u holandeses, ha ido reflejando en su recetario esas históricas influencias, y también -claro está- la arrolladora y permanente influencia de su posición geográfica en medio de una bahía ricamente poblada por multitud de peces, crustáceos y mariscos.

De ese modo, y sólo por poner algún ejemplo, si, en su día, Cádiz fue una de las primeras receptoras de los productos americanos, que llegaban a su puerto, (la modesta receta de las papas aliñás se ha convertido en signo de identidad para sus gentes), sigue siendo puerta de entrada de los opulentos atunes que se pescan en las cercanas almadrabas; de las lisas, de los camarones (con los que se elaboran las delicadas tortas) y de los lenguados de sus esteros, de las urtas y doradas que se capturan en las aguas que la rodean.

Cádiz es cocina del mar. En su fórmula más sencilla, los peces se asan y, como en otros lugares del Mediterráneo, se acompañan con verduras: así, las populares recetas de caballas o besugos asados con pirriña, que es una ensalada fresca de tomates, pimientos y cebolla, con aceite de oliva y vinagre, o la urta al Pico Rafael, una receta simple en la que el asado se



ANTONIO DE BEBETO

enriquece con algunos pimientos rojos; en otras ocasiones, los peces se frien, sin más, o después de someterlos a ciertos procesos que sirven tanto para saborizarlos como para conservarlos: esas riquísimas frituras de pescados en adobo, o el bienmesabe de cazón. En los guisos marineros, los gaditanos distinguen entre las preparaciones en blanco (sin especias), en colorado (con pimentón), o en amarillo (con azafrán): la corvina en amarillo o la raya en amarillo son platos representativos de Cádiz. También se cocinan los pescados en sobrehuesa, que es una receta que linda con la de los escabeches, ya que consiste en añadir un sofrito, en el que intervienen el ajo, el laurel y el vino, a peces previamente pasados por la sartén. Como en otros lugares del Mediterráneo, abundan los guisos de frutos del mar con patatas, aunque quizá el más popular sea el que los gaditanos elaboran con choccos.

De su vieja tradición comerciante guardan los gaditanos la afición por el bacalao; y, entre los restos culinarios de los platos que trajeron los primitivos pobladores y los numerosos comerciantes cántabros y gallegos instalados desde hace siglos en la zona, permanecen el cocido y la olla gaditanos y diversos guisos en los que intervienen las berzas.

De los cercanos campos, llegan los alcauciles, los espárragos silvestres y las tagarminas, o los guisantes, tan apreciados por los gaditanos, y que les otorgan el nombre de chicharos.

Jerez, Sanlúcar, Chipiona y El Puerto ponen sobre las mesas gaditanas sus incomparables vinos.

tes de esos países. Años más tarde, Fernando VII, a quien las Cortes de Cádiz aclamaron como monarca constitucional, no vacilaría en castigar a la ciudad y en pasar a su población por las armas.

El Cádiz que aún permanece encerrado intramuros compone su armonía en ese pacífico espíritu civil, ya que su arquitectura visible, la crema que cubre el milenar hojaldre urbano, tomó forma en los momentos esperanzados en los que la ciudad era un centro en el que convivían comerciantes llegados de medio mundo: cántabros, vascos, genoveses, franceses, ingleses, catalanes, o armenios han dejado sus huellas en el carácter de la ciudad y en su patronímica. Los apellidos gaditanos reflejan esa pluralidad de orígenes y también está presente el momento en el que la ciudad cuaja como arquitectura y como forma de ser, durante los siglos XVIII y XIX, en la permisividad ilustrada de la gente que la habita.

Hay en Cádiz una delicada correspondencia entre arquitectura y modo de ser. En la socarronería del gaditano -tan bien reflejada en los libros de Fernando Quiñones-, en su refinamiento y falta de beatería el viajero cree percibir la permanencia de aquellas atrevidas mujeres dieciochescas que aguardaban los cargamentos de ropa que llegaban de Francia revolucionaria para comprarse sus escarpelas y abanicos tricolores y que luego se harían tirabuzones con los plomos de las bombas que los ejércitos napoleónicos arrojaban sobre la ciudad orgullosamente rebelde en la que se guardaba la voluntad de una nación en forma de Cortes Constituyentes. Percibe el viajero en la personalidad del gaditano restos de la forma de ver el mundo de un Fermín Salvochea, revolucionario y republicano alcalde de Cádiz a quien sus paisanos han dedicado una calle: ese espíritu rebelde y cantonal que aparece cada año en las chirigotas y tríos del carnaval parece sólo posible en una ciudad razonable, en la que -si se exceptúa la fría y casi se diría que masónica presencia de una catedral que más parece ilustración de un tratado de arquitectura que templo- no se prodigan los as-

pavientos arquitectónicos. Todo tiene un tamaño satisfactoriamente humano.

El viajero ha aprendido a desconfiar de las ciudades beatas, de las que se miran a sí mismas y se proclaman centros del mundo. Añora un mundo cantonal y excéntrico, por más que, de vez en cuando, lo grandioso le abra alguna costura del alma. El viejo Cádiz, rodeado por sus ya inútiles fortificaciones, petrificado en un tiempo definitivamente ido, le ofrece esa sabia y elegante monotonía de casas bien ordenadas y razonablemente construidas -las torres que se levantan por encima de algunas de ellas son miradores desde los que los comerciantes vigilaban la llegada de sus mercancías por mar-, y le trae el recuerdo de un mundo ilustrado en el que se tenía la esperanza de que en algún lugar del horizonte estaba instalado cierto tipo de bien y de sabiduría. Por eso se enamora de la ciudad, aunque en la noche, ya tarde, quizá por efecto de alguna copa de más, las calles de Cádiz tengan, en su monotonía, algo de pesadilla kafkiana: a ratos parecen una misma calle reflejada en un caleidoscopio en cuya superficie el viajero se ha extraviado. Es la hora en la que el orden se convierte en pesadilla. ■

Agenda

DONDE DORMIR

En la ciudad vieja, junto al mar, y con vistas a la bahía se encuentra el Parador de Turismo Hotel Atlántico (Avda. Duque de Nájera, 9. Tf. 956 22 69 05), que cuenta con un correcto restaurante y, en el centro, en la Plaza de San Francisco, número 2, uno de los lugares más agradables de Cádiz, el Hotel de Francia y París (Tf. 956 21 23 18). Fuera de la muralla, al lado de las estupendas playas, Husa Puerta Tierra (Avenida Andalucía, 34. Tf. 956 27 21 11), Meliá La Caleta (Avenida Amílcar Barca, 47. Tf. 956 27 94 11) y Hotel Playa Victoria (Glorieta Ingeniero La Cierva, 4. 956 27 54 11), los tres con cuatro estrellas.

GASTRONOMIA. COMER, BEBER Y COMPRAR.

EL FARO

C/ San Félix, 15. Tf. 956 21 10 68. Se trata del mejor restaurante de la ciudad, con una sólida cocina de pescados y mariscos de la bahía, que incluye platos de cuchara y también buenas elaboraciones de plancha o sartén. No faltan las carnes en la carta, ni los postres caseros confeccionados a partir de viejas recetas locales, y cuenta con una apetitosa exposición de frutos de mar en la concurrida barra, a la que acude mucha gente a tapear.

VENTORRILLO EL CHATO

Carretera de Cádiz a San Fernando. Tf. 956 25 00 25. Pertenece a la familia Córdoba, que es la propietaria de El Faro. Y su prestigio crece día tras día en la zona. Buena cocina de pescados elaborada en una antigua venta.



ACHURI

C/ Plocia, 15. Tf. 956 25 36 13. Un restaurante popular, situado en una de las calles más típicas de la ciudad. De raíces vascas, ofrece un honesto muestrario de platos cántabros (bacalao al pil pil, anchoas, kokobxas, merluza en salsa-verde), matizados con un toque del sur.

En Cádiz son muy populares las freidurías de pescado. Uno compra el pescado frito y se lo lleva envuelto en un cucurucho a algún bar cercano, donde pide la bebida para acompañarlo. También se pueden adquirir, con idéntica finalidad de consumirlos en el bar de al lado, mariscos o salazones que venden en mesas callejeras. Así, muchos locales exhiben sobre la puerta el cartel de "Se admiten comidas". Es el caso del Veláñez Plaza, en la Plaza del Ayuntamiento, o de San Juan de Dios. La gente compra el pescado en la freiduría situada a la vuelta de la esquina en la calle Sopranis y lo toma en el Veláñez. También son de este tipo los bares de la plaza donde se encuentra el mercado de las flores, o Plaza Topete, y del mercado central, en Libertad. Se vende marisco a la puertas de las cervecerías de la animada calle Zorrilla (Cervecería del Puerto, Aurelio...). Y, en Puerta Tierra, en el Paseo Marítimo, es muy apreciada la freiduría Las Flores. Además, existen en dicho Paseo marítimo varios cocederos de mariscos muy populares. Y, cuando llegan los meses de verano, se instalan mesas callejeras con pescados y mariscos en las calles del Barrio de la Viña (La Palma, Plaza del Tío de la Tiza). Buenos bares de tapas son el Noya, que tiene especialidades gallegas, y La Nueva Marina, este último situado en la Calle Plocia.

Entre las viejas tabernas de vinos, destaca La Manzanilla, en la calle Feduchi esquina con San Francisco, y también El Manteca, que junta el bar con el ultramarinos, una antigua tradición gaditana. En El Manteca ponen sobre el mostrador las raciones sobre un papel de estraza. El Alcázar, en Puerta Tierra, es uno de

